

PEPÍN. ¡Ah!

TOMÁS. ¿No le ha oído usted nunca á doña Elvira hablar del corazón del tío Cayetano?

PEPÍN. Sí, hombre, sí.

TOMÁS. Pues ahí lo tiene usted.

PEPÍN. ¡Qué bombos le da doña Elvira á toda la familia! ¡Jeeeee!

TOMÁS. Ah, sí. ¡Y qué besos! Este fantasmón es hermano de una cuñada de ella, y hombre influyente; tan influyente como rico. Fué ministro un cuarto de hora. Tomándose medida del uniforme le sorprendió la crisis.

PEPÍN. ¡Jeeeee!

TOMÁS. Le engorda, como habrá usted notado, proteger al prójimo, y para las sobrinas es una verdadera lotería. La historia de todos los solterones. Siempre que usted les vea trapitos nuevos ó alguna alhajilla, atribúyase los al tío Cayetano. Porque las lecciones de idiomas de don Segismundo, y las traducciones de novelas, no dan para ciertos perfiles.

PEPÍN. Allí vienen. Las cinco hermanas, el papá y la mamá.

TOMÁS. Sus futuros suegros de usted.

PEPÍN. ¡Un demonio! ¡La trampa en que haya de caer yo, no se ha fabricado todavía! ¡Jeeeee!

TOMÁS. ¿Vamos á salirles al encuentro?

PEPÍN. Vamos.

Se van por la derecha. EL GUARDA aparece en dirección opuesta y se cruza con ellos. Viene liando un cigarrillo.

GUARDA. ¡La pacencia que es menester pa ser guarda de un paseo público! Cuando no son niñe-

ras son amas, y cuando no son amas son estitutrices. Pero, ¡anda! que to se pué pasar bien menos los edilios. ¡Los edilios me atacan la bilis! Y esta que viene aquí es la familia de los edilios. ¡Pacencia! Haber nacio estatua, que ésas lo ven to tranquilamente.

Se marcha por el foro, volviendo la cara hacia la derecha.

Llega, en efecto, la anunciada familia de los «edilios»: DON SEGISMUNDO CAÍN Y DE LA MUELA, DOÑA ELVIRA HORCAJO DE CAÍN y sus bellas hijas ROSALÍA, MARUCHA, ESTRELLA, AMALIA y FIFÍ. Las cinco visten sombreros y trajes de la misma forma. Rosalía y Marucha de un color y las otras de otro. Todo ello cuidadito y pulcro: sin pretensiones: nada cursi.

La mamá, que frisa con los cuarenta y cinco años, se retoca y acicala todo lo que puede, dentro de su modestia. Aunque ha tenido ya ocho hijas, se conserva tan tiesa y firme que bien pudiera tener otras ocho.

El señor Caín pasa de los cincuenta. Su rostro es bonachón y dulce: más bien que de Caín parece de Abel. Usa chaqué, hongo de copa plana, botines y unos pantalones bien anchos. En la mano izquierda trae un libro y varios periódicos, y en la diestra un bastón, regalo del tío Cayetano.

Tomás vuelve de palique con Amalia y Pepín Castrolejo con Estrella. Estos últimos rien más que hablan. Los unos se sientan á poco en el banco de la derecha y los otros en el de la izquierda. Don Segismundo y doña Elvira en el del foro.

ROSALÍA. Como buscando á alguien. ¿Pero se ha escondido ese tonto?

TOMÁS. ¿Quién?

ROSALÍA. Alfredo.

TOMÁS. ¿No le he dicho á usted que no ha venido aún? ¿Piensa usted que es broma?

MARUCHA. En un tono mimosito, lleno de malicia y coquete-



ría, que es característico en ella. La tiene tan mal acostumbrada...

DON SEGISMUNDO. Recreándose en las enamoradas parejas. ¡Ay, ay, ay!

*Au corps sous la tombe enfermé  
que reste-t-il? D'avoir aimé  
pendant deux ou trois mois de mai.*

¿No te parece, Elvira?

DOÑA ELVIRA. No te he entendido, Segismundo.

TOMÁS. Ni yo tampoco. ¿Es latín?

DON SEGISMUNDO. Siempre lisonjero con el prójimo que le conviene. ¡Ja, ja! ¡Donosa pregunta! ¡Latín! Traduciendo. «¿Qué le queda al cuerpo en la tumba? Haber amado durante dos ó tres primaveras.» ¿Es oportuna la cita, sí ó no?

PEPÍN. ¡Extraordinariamente oportuna!

TOMÁS. ¡Ya lo creo que lo es!

ESTRELLA. Salvo lo de la tumba, papá; que no viene á nada.

ROSALÍA. Impaciente. ¿Pero y Alfredo? ¿Qué le habrá sucedido á Alfredo?

DOÑA ELVIRA. Mujer, ya sabes que no falta jamás. Alguna razón habrá tenido el chico para retrasarse.

DON SEGISMUNDO. Poderosa habrá sido seguramente; porque á Alfredo lo comparo yo con Amadís de Gaula. Se dedica á leer sus periódicos.

MARUCHA. Anda tú, Rosalía; no pienses más en Alfredo; ya vendrá Alfredo. Vamos á dar un paseito hasta la Fuente. No me digas que no.

ROSALÍA. ¡Vamos hasta la Fuente! Y si llega Alfredo mientras tanto, que me aguarde. ¿No lo estoy esperando yo á él?

MARUCHA. ¿Vienes con nosotras, Fifi?

FIFÍ. Sollozando y acompañando su negativa con movimientos de cabeza. No... que no voy...

MARUCHA. ¿Por qué?

FIFÍ. Porque... no... no voy...

ROSALÍA. Pero ¿qué te pasa, Fifi?

FIFÍ. Que antes... antes... me dijo Marucha... que no me quería...

MARUCHA. ¡Pero te lo dije de broma!

ROSALÍA. ¡Pues claro! No seas tonta, Fifi.

MARUCHA. Acompáñanos, y por el camino te diré que te quiero más que á ninguna.

FIFÍ. Entonces... vamos.

ROSALÍA. Vamos, vamos.

DOÑA ELVIRA. No os alejéis mucho. Hasta la Fuente nada más.

TOMÁS. Levantándose un momento del lado de su novia. Ah, Maruchita.

MARUCHA. ¿Qué?

TOMÁS. El abanico que había usted perdido.

MARUCHA. ¿Pareció?

TOMÁS. El guarda lo tenía. Me he estado abanicando con él y me ha contado dos ó tres secretillos.

MARUCHA. ¿Míos?

TOMÁS. De usted. Y que pican que rabian.

MARUCHA. ¡Ay, qué malo es usted, Tomás! Amalia, tu novio es muy malo; me está diciendo cosas malas. Dile que no me diga cosas malas.



AMALIA. ¿Qué te ha dicho?

TOMÁS. La verdad: que su abanico me ha contado unos cuantos secretos terribles.

AMALIA. ¡Pues sí que hay para mandarte á presidio!

MARUCHA. Es muy malo, muy malo. Ten cuidado con él, que es muy malo.

ROSALÍA. Y tú eres tan tonta como Fifi. Deja en paz á esos y vente. Á Fifi. ¡Anima tú esa cara, chiquilla! ¡Jesús, qué pavisosa! ¿Á que no me alcanzáis? Echa á correr y se va por la izquierda.

MARUCHA. ¿Á que sí? Corre tras ella vivamente.

FIFI. Aflijidísima. ¡Papá... papá!... ¡Que me dejen sola!

DON SEGISMUNDO. Pues, hija, corre; que tú estás en la edad más que ellas.

DOÑA ELVIRA. ¡Pobrecita mía! Ven acá, Fifi, ven acá. Ven que te abroche este automático de la falda. Lo hace. Y ahora dame un beso. La besa con gran efusión, como siempre que besa esta señora. Ea, corre con tus hermanas. Fifi se va sin alterarse grandemente. ¡Angel mío! ¡Qué corpachón ha echado! ¡Y qué monísima está! ¡Qué mona! ¿Verdad, Segis?

DON SEGISMUNDO. Muy mona, muy mona.

DOÑA ELVIRA. ¡Y tan inocentita como se conserva! Saca las gafas negras de que Tomás ha hablado, y se las cala, por si las novias y los novios no son ya tan inocentes como Fifi. ¡Jesús! ¡Cómo me molesta el resol!

DON SEGISMUNDO. Elvira, tienes que cuidarte esos ojos, que me trastornaron un tiempo.

DOÑA ELVIRA. ¡Ay!... ¡Qué tiempo, Mundo!

DON SEGISMUNDO. No evoques...

TOMÁS. Bajo, á Amalia. Ya se caló tu mamá las gafas negras, y ya estoy yo nervioso.

AMALIA. Simple, si se las pone para ver menos.

TOMÁS. Sí, sí.

AMALIA. Pero qué poco galante eres.

TOMÁS. ¿Por qué?

AMALIA. Porque traigo el peinado que á ti te gusta y no me has dicho una palabra.

TOMÁS. ¡Es verdad! Perdóname.

AMALIA. ¿Me está bien?

TOMÁS. ¡Te está para comerte!

AMALIA. ¿Y las uñas? Miralas: parecen espejos. Puedes verte en ellas.

TOMÁS. ¡Como que dan ganas de comerse los deditos con chocolate!

AMALIA. Chico, qué hambre tienes.

TOMÁS. En cuanto te veo se me despierta.

AMALIA. Pues mucho cuidado con las gafas negras de mamá.

Atraviesa el GUARDA de izquierda á derecha, mirando con indignación contenida á los tres grupos.

PEPÍN. Vamos á ver: ¿cuál es el *colmo* de la dicha de un pretendiente?

ESTRELLA. Con vehemencia y cierta afectación nerviosa de que hace siempre gala. Ay, por Dios, Pepín, cálese usted ya. Es usted incansable. ¿Cómo ha dicho usted?

PEPÍN. El *colmo* de la dicha de un pretendiente.

ESTRELLA. No caigo: soy muy torpe.

PEPÍN. Pues que le dé su pretendida un *sí*...



con colmo. ¡Jeeeee! Se ríe según costumbre, y ella lo secunda como si en efecto hubiera dicho una gracia.

ESTRELLA. ¡Jesús, qué diablo de hombre! ¡Qué cosas idea! Estoy ya mala de reír. Y yo me temo: cuando me pongo á reír así, me temo. En el teatro, como lo que den sea de risa, llamo la atención. Me temo; me temo. Soy tan nerviosa, ¿sabe usted?... que no sé contenerme. Me temo.

PEPÍN. Dichoso yo, que le he caído á usted tan en gracia.

ESTRELLA. Sí por cierto; me es usted muy simpático.

PEPÍN. Todo se pega, ¿no?

ESTRELLA. Y le advierto á usted que traía poquisimas ganas de risa. Si no es porque usted me esperaba no vengo hoy.

PEPÍN. ¿Y eso?

ESTRELLA. He pasado una noche muy mala.

PEPÍN. Pues que sea enhorabuena.

ESTRELLA. ¿Enhorabuena?

PEPÍN. Si la noche era mala, y la ha pasado usted... ¡Ojalá me ocurriera á mí lo mismo con un duro que nadie me toma! ¡Jeeeee!

Vuelta á la risa de los dos.

ESTRELLA. Levantándose de pura admiración. ¡Es usted de lo que no hay! ¡Papá, papá: le digo á Pepín que he pasado muy mala noche, y me felicita porque era mala y la he pasado! ¡Como si fuera una moneda! ¡Ja, ja, ja!

DON SEGISMUNDO. Dándose con los dedos de una mano en el dorso de la otra, en son de aplauso. ¡Ja, ja! ¡Mucho; mucho! Eso es de buena ley. ¡Mucho; mucho!

DOÑA ELVIRA. Esta Estrella, Pepín—¡hija de mi vida!—se vuelve loca con las ocurrencias de usted. Como es usted tan ingenioso...

PEPÍN. No... por Dios... Es que son ustedes muy amables conmigo. *A Estrella, que ha vuelto á sentarse.* ¿Y se puede saber por qué ha pasado usted tan mala noche? Sin chistes, ahora.

ESTRELLA. Psche... Ha habido de todo... ¡Unos sueños!... ¡unas pesadillas!... Y mucho desvelo. Y yo me temo cuando me desvelo; me temo. Porque es un desate de la imaginación y de todo el sistema nervioso... que ya le digo á usted: me temo; me temo. ¿Usted duerme bien?

PEPÍN. Siempre. Y desde que tengo el gusto de tratarla á usted, mejor todavía.

ESTRELLA. ¿Sí? ¿Por qué?

PEPÍN. Porque *da usted el opio.* ¡Jeeeee!

Nuevas risas.

ESTRELLA. ¡Ay, pero por María Santísima, pero qué hombre, pero qué ingenio, pero qué torrente... pero qué cosa!

PEPÍN. Se conoce que me inspira usted: que es usted mi musa.

ESTRELLA. Usted tendrá la misma chispa con todas. ¿Ha estado usted alguna vez enamorado?

PEPÍN. ¿Enamorado? Infinitas veces. Unas más graves que otras, pero infinitas veces. Cosa de atarme, sólo una.

ESTRELLA. Cosa de atarlo, dice...

PEPÍN. ¿Y usted, ha querido á alguien en este mundo?

ESTRELLA. ¡Ni lo permita Dios, Pepín! No me



hable usted de amores. Me temo; me temo enamorada. Soy una mujer que tiene un corazón tan ardiente, y que quiere de un modo, Pepín, que me temo; me temo.

PEPÍN. Pues... de amores deseaba yo hablar con usted hoy mismito.

ESTRELLA. Mire usted que me temo, Pepín; que me temo.

PEPÍN. Mejor. ¿Y á mí, me teme usted?

ESTRELLA. Á usted, no: es usted un buen amigo mío...

PEPÍN. ¿Y si aspirara á ser algo más?

ESTRELLA. Que me temo, Pepín; que me temo.

PEPÍN. ¡Encantado yo con esos temores! Bien claro me indican que ese corazoncito volcánico... tiene alguna lava para mí.

ESTRELLA. Pepín, por Dios, que he pasado muy mala noche... que estoy muy nerviosa... No siga usted por ese camino... yo se lo ruego á usted. Otro día... mañana, si usted gusta, hablaremos del particular.. Hoy me temo; me temo. ¿Quiere usted que vayamos dando un paseo hasta donde están mis hermanas?

PEPÍN. ¡Y hasta el fin del mundo!...

ESTRELLA. ¡Pepín!... ¡Pepín!...

PEPÍN. Escuche usted: ¿en qué se parece el corazón de una mujer á un impermeable?

ESTRELLA. ¡Jesús, qué salida! No está mi ánimo para acertijos ahora. Á Amalia y á Tomás. ¿Estiramos un poco las piernas?

AMALIA. Las estiraremos.

TOMÁS. Admirable proposición.

DOÑA ELVIRA. Hasta la Fuente nada más, ¿eh? que yo no los pierda de vista.

PEPÍN. Descuide usted, señora. Aquí no hay ninguno tan listo que se pierda de vista. ¡Jeeeee!

*Risas generales.*

DON SEGISMUNDO. Aplaudiendo. ¡Mucho; mucho! De muy buena ley.

*Se van por la izquierda las dos parejas. Doña Elvira se quita las gafas y se levanta á verlas marchar. Luego se acerca á su marido y le pregunta.*

DOÑA ELVIRA. ¿Te satisface este Castrolejo para nuestra hija?

DON SEGISMUNDO. ¿Cómo no? ¿Crees tú que de no ser así le reiría yo esos chistes?

*Se levanta y pasea unos momentos del brazo de doña Elvira.*

DOÑA ELVIRA. Me has convencido, Mundo: como siempre.

DON SEGISMUNDO. ¿Se te ocurre á ti algún reparo?

DOÑA ELVIRA. ¿Qué podré yo ver que tú no veas? Sin embargo, mi instinto de madre recela un poco de la formalidad de ese joven. Como su posición es muy superior á la nuestra, y estos ricos creen que el dinero todo lo allana... ¿Tú qué dices?

DON SEGISMUNDO. Que el instinto de madre no se engaña nunca. Estoy al cabo de la calle. Pepín, ciertamente, es algo calaverilla, algo ligero... Pero también es algo tonto. Esto me lo dice á mí mi instinto de padre. Encuentro yo que es el marido justo para una mujer tan avispada como Estrella. El matrimonio es equilibrio... Que siembre, que siembre... Por todas partes se va á Roma... Que siembre...